

reuniones donde se encontraba, halló á los miembros del congreso corteses, pero impenetrables. El único de ellos con quien había podido franquearse valiéndose de las comunicaciones secretas de Mr. de Metternich, monsieur de Stadión, ministro austriaco, era enemigo personal de la Francia y representante malévolo de una corte llena de benevolencia. Después de éste se hallaba monsieur de Floret, menos elevado en categoría, pero más amistoso, hombre que hablaba poco, suspiraba á menudo, y solía insinuar que se había hecho muy mal en dar la batalla de la Rothiere, pues la situación se resentiría mucho de este golpe. En cuanto á las condiciones en sí, que sin embargo no podían ocultarnos largo tiempo, Mr. de Floret guardaba un silencio tan absoluto como los demás. Mr. de Rasoumoffski, que fué anteriormente el intérprete de las pasiones rusas en Viena, se mostraba casi insolente en todo lo que no concernía á la persona de Mr. de Caulaincourt. Mr. de Humboldt no manifestaba nada, pero se adivinaba en él al prusiano, muy dulcificado á la verdad. Los más dignos de todos eran los ministros ingleses, sobre todo lord Aberdeen, modelo particular por su sencillez y su suave gravedad del representante de un Estado libre. Lord Castlereagh, que no debía tomar parte en las conferencias, sino que iba á dirigir las como un soberano que manda sin presentarse, había sorprendido á Mr. de Caulaincourt por sus seguridades pacíficas y sus protestas de amistad. Insistía con tanto empeño y tan á menudo sobre la firme resolución de tratar con Napoleón, que era imposible no reconocer ahí el cálculo ordinario á los ingleses, de aparentar que hacían una guerra de interés puramente nacional y no una guerra de dinastía. Por eso repetía sin cesar que al instante se podían poner de acuerdo, y que si querían bastaba para esto una hora de explicaciones. Pero ¿sobre qué bases debía fundarse este acuerdo? En cuanto á esto nadie consentía en adelantar un solo instante la solemne declaración de las condiciones de la paz. ¡Muy duras deben ser, se decía Mr. de Caulaincourt, puesto que no se atrevían á exponerlas y que, sin duda, querían promulgarlas como una ley de la Europa á la cual no habría ninguna contradicción que oponer! Siempre que procuraba provocar alguna confidencia por parte de algún plenipotenciario, si por excepción le habían dejado solo con alguno de ellos, éste interrumpía la conversación. Si estaba entre varios, aquel á quien se dirigía elevaba la voz para que no se le creyera en inteligencia secreta con la Francia. Era evidente que ante todo se temía hacer sombra á ese ser ideal y terrible que se llamaba la coalición. Oír ó decir algo al representante francés en particular, habría parecido una infidelidad á la que nadie se habría atrevido. Sólo lord Castlereagh, obrando como un hombre á cubierto de toda sospecha, había escuchado y dicho aparte algunas palabras á Mr. de Caulaincourt, únicamente para repetirle la fastidiosa declaración de que se deseaba la paz y que podía concluirse en una hora con tal de ponerse de acuerdo. ¿De acuerdo en qué? Esta era la eterna pregunta que quedaba siempre sin respuesta. Así esperó Mr. de Caulaincourt cuatro días mortales sin obtener ninguna explicación, pero adivinando lo que no le querían decir, y esto indujo á pedir á Napoleón nuevas instrucciones. El 5 de febrero se cancelaron los poderes declarando que los representantes de

las cuatro principales potencias, Rusia, Prusia, Austria é Inglaterra, tratarían por las demás cortes grandes y pequeñas de Europa, con las cuales la Francia estaba en guerra; modo de proceder más cómodo, pero que revelaba el yugo común que pesaba sobre todos los miembros de la coalición; y al mismo tiempo se anunció por el representante de Inglaterra que la cuestión del derecho marítimo no entraría en la negociación; que la Gran Bretaña no quería someterla á nadie, ni aun á sus mismos aliados, porque era una cuestión de derecho eterno que no pendía de las pasajeras resoluciones de los hombres. Parecía que había allí un dogma sobre el cual no era permitido transigir.

No era ocasión de contradecir, pues teníamos en aquel momento otras cosas que defender que el derecho marítimo. Sin embargo, Mr. de Caulaincourt presentó en honor de la verdad algunas observaciones que fueron escuchadas con un silencio glacial y que se quedaron sin respuesta. Mr. de Caulaincourt no insistió en el asunto. Se convino en que durante el congreso se harían las proposiciones por notas, que se respondería por notas también, y que si llegaba la ocasión de hacer observaciones verbales, se recogerían inmediatamente y con toda exactitud en un protocolo, lo que era una nueva precaución para precaver las desconfianzas entre confederados. No habiendo presentado Mr. de Caulaincourt ninguna dificultad sobre esa cuestión de forma, pidió que se empezara al fin á entrar en el fondo de las cosas y á señalar las condiciones de la paz; pero con el pretexto de no estar preparados, aún no quisieron en aquel día ni el siguiente entrar en tan grave cuestión. Por fin, el día 7, después de haber hecho esperar tanto á Mr. de Caulaincourt, uno de los plenipotenciarios en nombre de todos, con tono solemne y preciso, leyó la declaración siguiente:

Ante todo la Francia debía volver á entrar en sus límites de 1790; no aspirar á ninguna autoridad en los territorios más allá de esos límites, y además no mezclarse en el reparto que se iba á hacer, de suerte que no sólo se le quitarían la Holanda, la Westfalia y la Italia (cosa muy natural), sino que no querían que á título de grande potencia pudiese dar su parecer sobre la suerte ulterior de estas vastas comarcas; y obraban así tanto por lo que estaba más allá del Rhin y de los Alpes como por lo que estaba de esta parte, de modo que al abandonar la Bélgica y las provincias rinianas ni siquiera sabría lo que iban á hacer con esos países. Por último, era preciso responder con un sí ó un no antes de entrar en la negociación.

Jamás se había tratado á un vencido con semejante insolencia, y no estábamos aún vencidos, pues en Brienne habíamos salido vencedores, y en la Rothiere treinta y dos mil franceses se habían sostenido todo un día contra ciento setenta mil enemigos que no pudieron ni envolver ni destrozar estos treinta y dos mil franceses, y ni aun pudieron cortarles la retirada.

Había entre los asistentes un sentimiento tal sobre la enormidad de estas proposiciones, que nadie se atrevió á comentarlas, pues aun los más hostiles de entre ellos temían debilitarlas con todo comentario, y los más moderados no quisieron encargarse de justificarlas. Un silencio profundo sucedió á esta comunicación. Mr. de Caulaincourt, conteniendo apenas su emoción, declaró

que teniendo que hacer algunas observaciones pedía que le escucharan. Después de vacilar un rato, se convino en que aquella noche se oiría á Mr. de Caulaincourt.

Una inmensidad de observaciones se ofrecían al espíritu sobre tan extraña comunicación. Desde luego, ¿cómo conciliarlas con las proposiciones de Francfort, proposiciones incontestables, puesto que á la comunicación de Mr. de Saint-Aignan se había unido una nota escrita que las resumía; puesto que Mr. de Metternich, sobre la respuesta evasiva de Mr. de Basano, había insistido para obtener su aceptación formal?

Habiéndose mandado esta aceptación formal, los autores de las proposiciones de Francfort estaban comprometidos, y en este caso, ¿cómo era que presentaban hoy proposiciones diametralmente opuestas? Después, considerando las cosas desde el punto de vista del equilibrio europeo, ¿cómo después de haber dicho á la Francia al entrar en su territorio que no querían disputarla la justa grandeza que se había adquirido; cómo encerrarla de nuevo en las fronteras de Luis XV, cuando, después de Luis XV, tres potencias del continente se habían repartido Polonia, cuando después de 1790 todas las potencias habían hecho adquisiciones considerables que cambiaban totalmente las antiguas proporciones de los Estados? Si por el reposo de Europa todos debían volver á los límites de 1790, ¿no era, pues, justo que cada uno restituyera lo que había tomado; que el Austria no se quedara con Venecia, que Prusia y Austria no conservaran lo que habían tomado á los pequeños Estados alemanes, y sobre todo á los príncipes eclesiásticos; que la Prusia, el Austria y la Rusia devolvieran la última porción que se habían atribuido de la Polonia en el último reparto; y en fin, no era justo que la Inglaterra devolviera las islas Jónicas, Malta, el Cabo, la isla de Francia, etc.? Hacer entrar sólo á la Francia en sus antiguos límites era destruir en Europa, en perjuicio de todos, el equilibrio necesario de las fuerzas, y si la Francia, como después se ha visto, podía seguir siendo grande y muy grande aún después de la pérdida de algunas provincias, la debería al valor y energía de su pueblo, es decir, á su grandeza moral que no podían quitarle como su grandeza material. Seguramente no había nada que no pudieran permitirse en nombre de la victoria, y este argumento cortaba todas las discusiones; pero en este caso debían dejarse á un lado las palabras insidiosas que habían usado al pasar el Rhin y confesar que la fuerza y no la razón servía de regla á las potencias aliadas. La Francia entonces sabría á qué atenerse respecto á sus invasores. Y no era todo aún; ¿cómo pedir en masa sacrificios inmensos sin precisarlos, sin determinar el más y el menos con que importaba mucho aquí, pues quedaban muchas cuestiones en los Países Bajos, en las provincias rinianas y á lo largo de la Suiza y los Alpes, que resueltas de uno ú otro modo darían un resultado muy diferente? ¿Y era posible ceder esas porciones de territorios sin saber á quién se cedían? Por ejemplo, abandonarlas á una potencia pequeña ó grande, dar un territorio sobre la orilla izquierda del Rhin á un pequeño Estado como Hesse, ó á uno grande como la Rusia, constituían una diferencia capital. No querer explicarse sobre ninguno de estos puntos, era un proceder incalificable que apenas se habrían podido

permitir con un enemigo totalmente vencido, y si desgraciadamente la Francia debía encontrarse un día á los pies de sus enemigos, no lo estaba todavía. En fin, si su representante se resignaba á una parte ó al todo de esos sacrificios, no podía ser sino para hacer que cesara una guerra cruel, para evitar una batalla de la que resultaría la vida ó la muerte, en suma, para cubrir París. ¿Y era posible hacer esos sacrificios dolorosos, sin la seguridad de que una vez aceptados el enemigo se detendría al momento?

En la noche del 7, con una indignación contenida, Mr. de Caulaincourt trató de exponer estas naturales é irrefutables observaciones. Era soldado y habría preferido morir con el último francés combatiendo contra tan insultantes enemigos á tener que debatir vanamente una negociación donde ni querían escuchar ni responder: pero era preciso sufrirlo todo para coger al vuelo la ocasión de la paz, si es que se ofrecía, y con un comedimiento infinito por el cual se traslucía un sentimiento amargo, recordó las proposiciones de Francfort formalmente propuestas y formalmente aceptadas; objetó al proyecto de encerrar á la Francia en sus antiguos límites las adquisiciones que las diversas potencias habían hecho, ó pretendían hacer en Polonia, en Alemania, en Italia y en todos los mares; sobre todo les preguntó qué sería de las provincias que se quitaran á la Francia, y, en fin, cómo se pagarían los sacrificios que la Francia pudiera hacer, y si resultaría, por ejemplo, la suspensión inmediata de las hostilidades.

La primera observación, que era la relativa á las proposiciones de Francfort, puso en un apuro visible á los ministros de las potencias aliadas. En efecto, no había nada que replicar, y si las naciones reconocieran otro juez que la fuerza, los negociadores hubiesen quedado condenados inmediatamente. Mr. de Rasoumoffski, el orgulloso ruso, que representaba al emperador Alejandro, respondió que no sabía de qué querían hablar. Mr. de Stadión, que representaba al gabinete austriaco, autor directo y principal de las proposiciones de Francfort, repuso que en sus instrucciones no se decía una palabra del asunto. Pero lord Aberdeen, el más sincero y recto de los personajes presentes, que había asistido á las proposiciones hechas á Mr. de Saint-Aignan, que había discutido los términos de la nota de Francfort, ¿cómo habría podido negar? Así se limitó á balbucear algunas palabras que demostraban la turbación de su probidad, y después todos los diplomáticos, oponiendo á las razones del ministro francés una especie de clamor general, exclamaron á un tiempo que no se trataba ya de semejantes cuestiones, que no eran las proposiciones de Francfort las que debían ocuparles, sino las de Chatillón, que sobre éstas y no sobre otras era preciso pronunciarse en seguida, que no tenían misión de discutir las, sino de presentarlas y saber si eran acogidas ó desechadas, y con ademán altanero notificaron que se trataba de decidir, respondiendo al punto con un sí ó un no, la paz ó la guerra, una guerra á muerte.

Viendo Mr. de Caulaincourt que no había medio de explicarse con hombres que sólo pedían un sí ó un no, reclamó que se aplazara la conferencia, lo que fué concedido, y después se retiraron.

Mr. de Caulaincourt estaba alternativamente sumido en el dolor ó en una indignación suma, pues las propo-

siones que habían tenido la osadía de hacerle eran tan insultantes en la forma como desesperadas en el fondo. Ciertamente, Napoleón había abusado de la victoria, pero jamás hasta ese punto. A veces había exigido mucho de sus enemigos, pero jamás los había humillado; cuando el día siguiente de la batalla de Austerlitz, Alejandro, que iba á ser hecho prisionero con todo su ejército, había pedido gracia por medio de una carta escrita con lápiz, Napoleón contestó con una cortesía que no se tenía ahora con él. En todo caso, Napoleón no era la Francia, las culpas suyas no eran las del país, y los que se empeñaban en separar á Napoleón de la Francia habrían debido no castigar á ésta por las culpas de aquél. Como quiera que sea, Mr. de Caulaincourt veía que era preciso, si se quería detener la marcha de los aliados, pronunciar esa palabra tan cruel de pura y simple aceptación, y para cerrarles la entrada de París estaba resuelto á hacer uso de los poderes ilimitados que tenía. Este excelente ciudadano, adicto á la Francia y á la dinastía imperial, cometía entonces una falta (la primera de que se le debe hacer responsable); pensando en el trono de Napoleón más que en su gloria, olvidaba demasiado que más valía la muerte para Napoleón que abandonar las fronteras naturales; que para él esto era el honor y para la Francia su verdadera grandeza; que, por abatido que estuviera, no podía pedirle una cosa peor que lo que en la actualidad se le exigía; que con los Borbones tendría siempre las fronteras de 1790; que en este caso, tanto para Napoleón como para ella, valía más arriesgar el todo por el todo, y ese noble personaje, que con frecuencia había tenido razón contra su soberano, no tuvo esta vez el sentimiento de la situación tan justo como él. Estaba, pues, pronto á ceder, con una condición sin embargo, la seguridad de que el enemigo se detendría inmediatamente. Pero ceder sobre todo lo que le pedían sin tener la certeza de salvar á París y al trono imperial, era á sus ojos una cruel humillación sin compensación alguna. En su desesperación se dirigió al único de aquellos plenipotenciarios en quien había distinguido al hombre bajo el diplomático, para saber de él si el gran sacrificio que exigían suspendería al menos las hostilidades. Lord Aberdeen, á quien había recurrido, aunque desentendiéndose mucho en atención á la consigna establecida contra toda comunicación privada con el representante francés, le hizo comprender, sin embargo, que no había suspensión de hostilidades sino á costa de una aceptación formal y sin reserva, y solamente después de las ratificaciones. Era casi pedir que se rindieran á discreción y aun sin seguridad de salvar la vida, pues en el intervalo de las ratificaciones podía darse una batalla decisiva que resolviera por las armas la suerte de la Francia. Era inútil, pues, recurrir á las precauciones de la política, en atención á que por este medio no se evitaban las decisiones de la fuerza. Así, aunque tenía *carta blanca*, no se atrevió á pronunciar la aceptación que se le quería arrancar, y escribió al cuartel general para participar sus ansiedades á Napoleón.

Pero al día siguiente recibió por medio del plenipotenciario ruso la extraña declaración de que las sesiones del congreso estaban suspendidas. Se decía que el emperador Alejandro quería de nuevo ponerse de acuerdo con sus aliados antes de que continuaran las conferen-

cias. Esta última comunicación acabó de sumir á Mr. de Caulaincourt en la desesperación. Creyó ver en ella que la caída de Napoleón estaba definitivamente resuelta, y en su dolor profundo escribió á Mr. de Metternich para decirle, bajo el sello del más absoluto secreto, si en el caso de que usara de sus poderes para aceptar las condiciones propuestas, obtendría la suspensión de las hostilidades. Era esto quizá dejar ver demasiado su desesperación; ciertamente esta desesperación era la de un hombre honrado y un excelente ciudadano, y la confesaba al único de los diplomáticos que no quería llevar la victoria hasta el último término; pero hay posiciones en que se debe saber ocultar bajo una frente de hierro los más nobles sentimientos del alma. Así, pues, Mr. de Caulaincourt se quedó esperando una respuesta de Mr. de Metternich y otra de Napoleón.

Al punto á que habían llegado las cosas, para poner un término cualquiera á esta crítica situación no había más que el cañón entre el Sena y el Marne y el silencio en Chatillón. Napoleón estaba en marcha, y al partir había dicho á Mr. de Caulaincourt que no se precipitara. Estaba en vísperas de jugar el todo por el todo, y lo hacía con la confianza de un jugador consumado que casi no duda del éxito de su nueva combinación.

Hemos visto ya cuál era la disposición de los ejércitos en tanto que Blücher se separaba del príncipe de Schwartzberg, y que Napoleón, siguiéndole con la vista, estaba en acecho en Nogent del Sena. El general prusiano York bajaba el Marne detrás de Macdonald, que, perseguido á retaguardia y amenazado de flanco por Blücher, no tenía más recurso que retirarse con rapidez hacia Meaux. Blücher, marchando á igual distancia del Marne y del Aube por Fere Champenoise y Montmirail, había mandado delante á Sacken á quien seguía con Olsouvieff, Kleist y Langerón. El 9 de febrero Macdonald se había retirado á Meaux, y el enemigo estaba colocado de este modo: el general York, con diez y ocho mil prusianos, en Chateau-Tierry en el Marne; Sacken, con veinte mil rusos, en la carretera de Montmirail; Olsouvieff, con seis mil rusos, en Champaubert, y á retaguardia en Etoges Blücher, con diez mil hombres de Kleist y ocho mil de Capzewitz, formando estos últimos los restos de Langerón. Eran, pues, sesenta mil hombres cuando menos esparcidos de Chalóns á Ferté-sous-Jouarre, en parte por el Marne y en parte por la carretera que separa el Aube del Marne. Si Napoleón, que con su mirada superior había entrevisto ese estado de cosas, cayera oportunamente en medio de semejante dispersión, habría obtenido los más imprevistos y vastos resultados.

Por una circunstancia feliz, último favor de la fortuna, el punto de Champaubert por donde Napoleón al partir de Nogent iba á llegar á la carretera de Montmirail, no estaba defendido más que por los seis mil rusos de Olsouvieff. Encontrábase, pues, casi sin nadie el punto por el cual podía introducirse hasta el centro de los cuerpos enemigos, y aquí se podía decir que había encontrado el flaco de la coraza. El 7 de febrero había mandado á Marmont que avanzara con una parte de su caballería é infantería y que marchara de Nogent á Sezanne, anunciándole que él iba á seguirle en persona. El 8 había encaminado en la misma dirección á una división de la joven guardia y una parte de la caballería

de la guardia al mando del mariscal Ney. Por último, el 9 había partido él con la vieja guardia á las órdenes de Mortier, y había dormido en Sezanne. La carretera de Nogent á Champaubert era un camino de travesía mal cuidado, como lo estaban entonces todos los caminos de la Francia, y al otro lado de Sezanne era casi impracticable para los carros. A dos leguas de Sezanne encontraban en Saint Prix la extremidad de los pantanos de Saint-Gond, y en medio de estos pantanos el riachuelo llamado el *Petit-Morin* que corre á la falda de terrenos elevados por los cuales pasa la calzada de Montmirail á Meaux. El día 9 costó gran trabajo á la artillería llegar á Sezanne.

Además encontraron al mariscal Marmont, que al principio había abundado en la idea de arrojarle en medio de los cuerpos diseminados de Blücher; y que, después de haber avanzado el 7 hasta Chaptón, se había vuelto de repente diciendo que los pantanos de Saint-Gond estaban impracticables, que las montañas se hallaban cubiertas de enemigos, el plan burlado, etcétera... Napoleón no se alarmó en demasía con el cambio de ideas que se había operado en la cabeza del mariscal (1), y ordenó marchar en masa hacia la aldea

(1) Debemos aquí algunos detalles sobre una cuestión histórica que suscitan las Memorias del mariscal Marmont, relativamente á los combates de Champaubert, Montmirail, Vauchamps, etc. Este mariscal, hombre de un talento menos sólido que brillante, ha muerto en la convicción de que él era el autor de la importante maniobra de Montmirail, la que valió á Napoleón en vísperas de su caída los cinco ó seis días más hermosos de su vida.

Ahora bien, veamos en qué se fundaba para creerlo y para contarle en sus Memorias. Con su viveza de entendimiento, había distinguido de Arcis del Aube y de Nogent del Sena, lugares donde había estado del 2 al 6 de febrero, el movimiento de Blücher, y por un instinto natural el 6 había escrito á Napoleón para proponerle caer sobre el general prusiano. El 7 recibió la orden de marchar hacia Sezanne, y aun con menos amor propio que él tenía, habría podido creerse el inspirador de esta hermosa maniobra. Esto es lo que cuenta en sus memorias, citando sus cartas y las que le escribían en respuesta, y todo ello es exacto, pero no añade dos circunstancias, una que ignoraba y otra que había olvidado quizá, pero que las dos cambian completamente su relato. Desde luego, en tanto que el 6 de febrero escribió por la primera vez, Napoleón el 2 había comunicado al ministro de la Guerra su proyecto, que era al mismo tiempo su última esperanza y que dependía de una falta del enemigo que con su penetrante mirada había previsto antes que fuese cometida; del 2 al 6 de febrero lo había dispuesto todo en conformidad á sus miras y nada había dicho al mariscal Marmont, quien no sabiendo lo que pensaba y escribía Napoleón, se creía sólo el autor de la combinación proyectada. Después el mariscal Marmont no añade que al llegar á Chaptón se desanimó totalmente, creyó la maniobra imposible, deshizo el camino y escribió el 9 á Napoleón una carta de cuatro páginas, que existe en los archivos de la guerra, aconsejándole renunciar al proyecto de que toda su vida se creyó autor. Como hemos visto, Napoleón alarmándose poco con lo que había asustado al mariscal Marmont porque él abrazaba el conjunto de las cosas; seguro de que si se encontraban algunos miles de hombres en Champaubert no era posible que los sesenta mil hombres de Blücher que asomaban á la vez en Vertús, Etoges, Montmirail y Chateau-Thierry, se encontrasen todos en Champaubert, marchaba adelante convencido de que pasaría, y sobre todo por la imperiosa razón de que en su situación tenía que arriesgarlo todo en interés de su grande maniobra.

Vamos á ver ahora quién de los dos tuvo razón, si él ó su capitán, y quién era el verdadero autor de la admirable maniobra de que se trata. Hemos dado ya muchas pruebas de lo difícil que es llegar á la verdad en la historia, y el hecho que discutimos es un nuevo ejemplo. Sin embargo, el mariscal Marmont es un hombre de talento, un testigo ocular, y podía decir: Yo estuve allí. Por

de Saint-Prix que atraviesa el Petit-Morin, venciendo á toda costa las dificultades del terreno. Había recibido noticias de diferentes puntos que probaban que había rusos en Montmirail, que los había á retaguardia en Etoges, y que había prusianos en el Marne. Conociendo bien á sus enemigos, estaba convencido de que no marcharían de modo que presentaran una masa impenetrable. Teniendo con Marmont, Ney y Mortier hasta treinta mil hombres de sus mejores tropas, estaba seguro de hallarse en breve en el centro de los cuerpos enemigos, eligiendo bien el punto por donde debía penetrar y atravesándolo con fuerza y con presteza. Pero había un mal paso que era el de los terrenos pantanosos que se extendían entre Sezanne y Saint-Prix. Llamadas las autoridades locales, prometieron reunir todos los caballos del país. Los labradores, animados de los mejores sentimientos y exasperados sobre todo por la presencia de los enemigos, acudieron en masa, y en la mañana del 10 se encontraron preparados refuerzos de brazos y caballos entre Sezanne y el Petit-Morin.

En la madrugada del 10 de febrero se emprendió la marcha. Marmont iba á vanguardia con la caballería del primer cuerpo y con las divisiones de Ricard y Lagrange que componían el 6.º cuerpo de infantería. Al aproximarse al Petit Morin se atascaron, pero los labradores con sus caballos y sus brazos arrancaban los cañones de en medio del fango y consiguieron llegar al puente de Saint-Prix. Algunos cazadores de Olsouvieff guarnecían las orillas del Petit Morin, los dispersaron y atacaron el puente. La caballería del primer cuerpo avanzó á trote largo. Después de atravesado el Petit-Morin se penetra en un valle en cuyo fondo está situada la aldea de Baye, y luego subiendo este valle se desemboca en una especie de meseta, en medio de la cual está situado Champaubert. Provisto Olsouvieff de una buena artillería, había colocado en la orilla de la meseta veinticuatro cañones apuntando al valle en el que íbamos á entrar. La caballería del primer cuerpo se lanzó adelante, recibió las balas de Olsouvieff y penetró en la aldea de Baye seguida de la infantería de Ricard. Infantes y caballos entraron en confusión en la aldea y subieron á las alturas detrás de los rusos. Un poco á la izquierda se encuentra otra aldea, la de Bannai, que los rusos ocupaban con bastante fuerza. La guardia llegó á la población y la hizo evacuar.

Entonces pudieron desplegarse sobre la meseta, que presenta un terreno bastante llano sembrado de algunos grupos de árboles, y vieron el camino de Montmirail que era preciso tomar, el cual, yendo de nuestra derecha á nuestra izquierda, de Chalóns á Meaux, atravesaba por delante de nosotros la aldea de Champaubert; había que andar cerca de una legua para llegar á este punto importante.

eso Napoleón dice con tanta gracia como acierto en una de sus cartas, que *sus oficiales sabían lo que él hacía en el campo de batalla, como los paseantes de las Tullerías sabían lo que escribía en su gabinete*; lo que significa que él sólo, dominando el conjunto de las operaciones, conocía el secreto de cada una de ellas. Por esta razón buscamos siempre su secreto en sus órdenes y en sus correspondencias, y no en esos mil relatos de testigos oculares que tienen sin duda su valor, pero un valor muy relativo, siempre limitado al hecho material que tuvieron á la vista, y extendiéndose rara vez hasta el sentido verdadero del hecho de que tratan.

(N. del A.)

En aquel momento descubrieron un cuerpo de infantería rusa de unos seis mil hombres con mucha artillería, pero muy poca caballería, y que se retiraba con precipitación aunque con bastante orden. El general Olsouieff, comandante de este cuerpo, acababa de saber que Napoleón llegaba á la cabeza de fuerzas considerables; se veía en un gran peligro y estaba muy turbado.

Napoleón había corrido cerca de Marmont cuya infantería marchaba á vanguardia flanqueada por el primer cuerpo de caballería. Lo esencial era llegar cuanto antes al camino de Montmirail y pasar sobre el cuerpo enemigo que le ocupaba. En todos los casos la maniobra era de grandes consecuencias, pues si Blücher había avanzado ya hacia nuestra izquierda en la dirección de Meaux, quedaba cortado de Chalóns y de su línea de retirada; si había quedado á retaguardia hacia nuestra derecha le separaban de aquellas tropas que se le habían adelantado, y de este modo penetraban hasta el seno mismo del ejército de Silesia, con la certeza casi completa de destruirle en detalle. Cuando llegó Napoleón, Marmont acababa de dirigir á vanguardia el primer cuerpo de caballería hacia la derecha; Napoleón lanzó en la misma dirección al general Girardin con los dos escuadrones de servicio cerca de su persona para dispersar algunos grupos que se retiraban por el camino de Chalóns. En vista de esto el enemigo, más alarmado á cada instante, precipitó su retirada. Marmont con su infantería le rechazó fuertemente hasta Champaubert, y el general Dumerc con los coraceros le cargó en la llanura á la derecha. Los rusos, en completa derrota, se arrojaron en desorden dentro de Champaubert. Marmont entró también á la bayoneta delante de la infantería de Ricard, en tanto que los coraceros de Dumerc volviendo á la derecha cortaron la comunicación con Chalóns. Expulsado Olsouieff de Champaubert por nuestra infantería y arrojado sobre nuestra izquierda por los coraceros, se hallaba á la vez separado de Blücher que había quedado á retaguardia en Etoges, é impelido en Montmirail donde no había otro recurso que refugiarse hacia Sacken el cual estaba muy lejos y podía haber buscado ya un asilo detrás del Marne. Olsouieff en este peligro, se había retirado cerca de un estanque rodeado de bosque que llaman el Desierto. Ricard, desembocando directamente de Champaubert, y Dumerc, que corrió de derecha á izquierda, cayeron sobre él, y en un instante perdió su infantería acuchillada por los coraceros y en parte prisionera; mil quinientos muertos ó heridos, cerca de tres mil prisioneros, unos veinte cañones y el general Olsouieff con su estado mayor fueron los trofeos de esta gloriosa jornada. Desde la inauguración de la campaña éste era el primer favor de la fortuna, y era bien grande, menos por el resultado que acababa de obtenerse que por los resultados ulteriores que podían esperarse todavía. Con efecto, según noticias de los prisioneros que Napoleón interrogó después, se supo que á retaguardia, es decir, en Etoges, se encontraba Blücher; á vanguardia hacia Montmirail estaba Sacken, y más arriba en el Marne York; por consiguiente estaban en medio de los cuerpos del ejército de Silesia y en los días siguientes habría un buen botín que recoger y quizá se cambiaría el aspecto de las cosas.

Así Napoleón sintió un movimiento de profunda

alegría; hacía largo tiempo que no había sentido otro semejante. Después de haber dudado de todo, Napoleón, que durante tantos años no había dudado de nada, empezaba á creer de nuevo en su fortuna y se tenía casi por restablecido en la cumbre de la grandeza. Cenando en una casa de la aldea de Champaubert en compañía de sus mariscales, les habló de las vicisitudes de la fortuna con esa risueña filosofía que se halla fácilmente cuando los malos días se cambian en buenos, y en una expansión singular de confianza exclamó: «¡Si mañana soy tan feliz como hoy, en quince días habré llevado al enemigo al Rhin, y del Rhin al Vístula no hay más que un paso!» ¡Última alegría que no debemos envidiarle y que nosotros compartiríamos con él, si el desenlace de este gran drama fuese menos conocido de la generación presente!

La marcha que se debía seguir á la otra mañana, dudosa quizá para otro, era cierta para Napoleón. Caído como una bomba en medio de las columnas enemigas, podía en efecto preguntarse sobre cuál debía lanzarse primero, sobre la de Blücher á la derecha ó sobre la de Sacken á la izquierda. Si se dirigía en seguida á la derecha, Blücher podía escapársele replegándose hacia Chalóns, en tanto que marchando á la izquierda estaba seguro de alcanzar á Sacken que iba á encontrarse cortado entre Champaubert y París; además destruyendo á Sacken se acercaba á Blücher, que seguramente no dejaría destrozar á sus capitanes sin tratar de socorrerlos. Distinguiendo con su prontitud ordinaria todos estos aspectos de la situación, Napoleón, en la mañana del 11, sin vacilar, se corrió á la izquierda, siguió la carretera de Montmirail y dejó hacia su derecha delante de Champaubert al mariscal Marmont con la división Lagrange y el 1.º de caballería para contener á Blücher, en tanto que él se batía con los generales Sacken y York. Napoleón llevó consigo la división Ricard del cuerpo de Marmont á fin de tener las mayores fuerzas posibles contra Sacken y York, que podía hallar separados ó reunidos.

A eso de las diez de la mañana llegó á Montmirail á la cabeza de su columna, que contaba unos veinticuatro mil hombres con Ney, Mortier, la caballería de la guardia y la división Ricard. Atravesó Montmirail y desembocó en la carretera, donde tomó posición enfrente de las tropas rusas que acudían á toda prisa. Era Sacken que volvía sobre nosotros con su acostumbrada fogosidad. Lo que había pasado entre los aliados pintaba muy bien la confusión y vanidad de sus consejos.

Blücher, como hemos visto, había pasado al Marne para envolver á Macdonald, á quien los generales York y Sacken perseguían vivamente, el uno por la orilla derecha de este río y el otro por la izquierda; después de lo cual el ejército de Silesia, una vez vencido Macdonald, debía encaminarse hacia París, objeto final de todas las combinaciones de la coalición. Durante este tiempo, Schwartzberg debía llegar también bajando el Sena y, como ya hemos dicho, apoyándose en el Yonne, había hecho mayor el espacio que le separaba de Blücher. Temiendo que Blücher llegara á París antes que él, le había recomendado, por las vivas instancias del emperador Alejandro, que se detuviera á las puertas de París y esperara allí para entrar á los soberanos aliados. ¡Tan descabellada presunción merecía un buen castigo!

Blücher había recibido estas instrucciones en el mismo instante en que le decían que Napoleón llegaba á Sezanne, y no sabía qué partido tomar, pues la fogosidad no es previsión, sobre todo cuando se trata de escoger entre resoluciones que son igualmente peligrosas. El general Gneisenau era de un parecer, el general Muffling de otro, y habían tratado de enviar á Sacken por en medio de las columnas francesas una orden que no ofrecía grandes medios de salvación, cual era la de volver á Montmirail, y si no, refugiarse detrás del Marne cerca del general York, si el peligro era tan grande como se decía. Si, por el contrario, se habían asustado sin motivo, Sacken estaba autorizado á proseguir por la Ferté-sous-Jouarre el camino de París. A la noticia de la súbita aparición de Napoleón, Sacken, en vez de retirarse detrás del Marne, se había vuelto atrás para tener el honor de batir al emperador de los franceses, y había dicho al general York que pasara el Marne por Chateau-Thierry y se corriera hacia el camino de Montmirail, para contribuir á su triunfo ó asistir á él. El general York había seguido este consejo con la mayor reserva, y había avanzado un poco hacia Montmirail, pero teniendo siempre bien asegurada su retaguardia en Chateau-Thierry.

Habiendo desembocado Napoleón por el camino de Montmirail, pudo ver á Sacken que volvía de la Ferté-sous-Jouarre, y distinguió á lo lejos hacia su derecha las tropas que llegaban de las orillas del Marne por el camino de Chateau-Thierry, aunque no parecía se apresuraban mucho á tomar parte en la refriega. Eran las fuerzas del general York. La primera operación que había que ejecutar era atajar el camino á Sacken y deshacerse de él, sin perjuicio de caer en seguida sobre la otra columna que avanzaba en la dirección de Chateau-Thierry. Seguía siempre en la altura adonde había subido la víspera al ocupar á Champaubert, y extendiéndose hacia Montmirail tenía á la izquierda las pequeñas pendientes de la meseta cuya falda baña el Petit-Morin. Hacia la mitad de estas cuestas se encuentra la aldea de Marchais. Napoleón colocó allí la división Ricard para detener por este lado á Sacken, en tanto que en la carretera había desplegado su artillería y formado su caballería en masa. En esta actitud la infantería de Ricard defendía en Marchais la falda de la meseta; la caballería y artillería interceptaban el camino, y Napoleón podía esperar la llegada de Ney y Mortier que habían quedado á retaguardia.

Sacken al llegar con sus veinte mil hombres, viendo el camino tan bien ocupado y comprendiendo que no sería tan fácil como había creído pasar por el cuerpo de Napoleón para unirse á Blücher, no pensó más que en abrirse camino. La carretera parecía estar cerrada por una masa compacta de caballería. A su derecha y nuestra izquierda, vió á lo largo de las cuestas cubiertas de monte que bajan hacia el Petit-Morin una salida posible y que podría abrirse apoderándose de la aldea de Marchais. Mandó, pues, hacia esa aldea una fuerte columna de infantería en tanto que él trataba de ocupar otros pequeños grupos de casas y de cortijos colocados igualmente en el flanco de la carretera y llamados la Epine-aux-Bois y la Haute-Epine. De este modo se empeñó un vivo tiroteo en la aldea de Marchais entre la columna de infantería de Sacken y la división Ricard.

Ésta resistió vigorosamente, perdió y ganó sucesivamente la aldea, y acabó por quedarse en ella, en tanto que la masa de nuestra caballería establecida en la carretera protegía nuestra numerosa artillería y ésta la protegía recíprocamente.

Así se llegó á las dos de la tarde. Los caminos estaban intransitables, y á la guardia le había costado mucho trabajo el recorrerlos. Habiendo llegado al fin al campo de batalla la primera división de la vieja guardia, bajo el mando de Friant, Napoleón tomó sus disposiciones para dar el golpe mortal á su enemigo. Sacken había ocupado con muchas fuerzas la Epine-aux-Bois, situada, como la aldea de Marchais, hacia el flanco de la carretera, aunque un poco más adelante con respecto á nosotros.

Esta posición parecía difícil de conquistar sin la pérdida de mucha gente, pero una vez tomada todo estaba decidido, pues las tropas enemigas avanzadas hacia nuestra izquierda entre Marchais y el Petit-Morin debían ser copadas, y Sacken no tenía más remedio que sacrificarlas y escapar con los restos de su cuerpo hacia el general York en el Marne. Napoleón, para hacer menos mortífero el ataque de la Epine-aux-Bois, fingió ceder terreno hacia Marchais con el fin de llamar allí á Sacken y hacer que se quedara sin fuerzas en la Epine-aux-Bois. Al mismo tiempo puso en movimiento su caballería inmóvil hasta entonces en la carretera. Sus órdenes fueron dadas con una rigurosa precisión y se ejecutaron del mismo modo.

A la señal de Napoleón, Ricard fingió retirarse y abandonar Marchais, en tanto que Nansouty pasa adelante con la caballería de la guardia. En vista de esto, Sacken se apresura á sacar partido de la ventaja que había creído obtener, y con una parte de su centro abandona la Epine-aux-Bois para apoderarse de Marchais, no dejando más que un destacamento en la carretera con el fin de estar en comunicación con el general York. Aprovechando la ocasión, Napoleón lanza á Friant con la vieja guardia sobre la Epine-aux-Bois. Estos veteranos, que tenían en el combate la sangre fría del valor experimentado, se adelantan sin disparar un tiro, atraviesan un pequeño barranco que les separa de la Epine-aux-Bois, y luego se precipitan en la población á la bayoneta. En un instante se hacen dueños de la posición pasando á cuchillo cuanto encontraron. Durante este acto vigoroso Nansouty, después de haberse corrido adelante sobre la carretera, se vuelve de repente hacia la izquierda contra las tropas de Sacken que habían pasado de la Epine-aux-Bois, las carga con fuerza, precipita á unos hacia el Petit Morin y obliga á otros á replegarse. Las tropas, obligadas á retirarse, dejaron en un grave peligro á las fuerzas empeñadas á nuestra izquierda entre Marchais y Petit-Morin. Entonces Napoleón destaca á Bertrand con dos batallones de la joven guardia hacia la aldea de Marchais para ayudar á Ricard á entrar en ella. Estos batallones, reunidos con la infantería de Ricard, penetran en Marchais á la bayoneta en tanto que la caballería de la guardia al mando del general Guyot persigue á los fugitivos á sablazos. Gracias á estos movimientos combinados, cuantos hombres se habían aventurado entre la carretera y el Petit-Morin son cogidos ó muertos sobre el mismo flanco de la meseta. En algunos instantes se recogen